

El primero era un dominó de espaldas encorvadas por la edad, y el segundo un joven de elegante talle que llevaba una máscara con barba de seda.

Los que se hallaban cerca del anciano se separaban de él con respeto, excepto un compañero que llevaba para sostener sus pasos trémulos.

El joven se había colocado cerca de los cuatro caballeros del Silencio. La signora Nina Dolci no habría tenido necesidad más que de una mirada para reconocer en él á ese misterioso personaje que se había presentado hace poco delante de la gruta del Endymion mientras que estaba conversando con Angélica Doria.

Era el doctor Pedro Falcone.

Malatesta, desafiando el rumor que se levantaba de todas partes, exclamó:

—Me engaño, no son la misma cosa: Altamonte vale más que Coriolani, porque Altamonte tenía un nombre, un nombre de bandido. Llamábase Felice Tavola, mientras que Coriolani no tiene tan siquiera nombre de malhechor.

Este nuevo ultraje quedó sin eco.

Malatesta se limpió la frente; su tarea era ruda.

—¡Valor!—le dijo á media voz Sampieri,—hemos logrado nuestro objeto; el rey te escucha.

VII

El guante de Loredano Doria

Malatesta estaba de espaldas á aquel anciano, cuyo encorvado dorso se ocultaba bajo un ancho dominó de seda negro. Así es que no le había visto.

Cuando Sampieri le dijo: «El rey te escucha,» se estremeció de pies á cabeza.

—¡Corpo di Baco!—refunfuñaba San Severo tras sus colegas;—me moriré de coraje si no me dejáis estrangular á ese desatentado marqués.

—Es la orden del maestro—respondió el anciano Massimo Dolci volviéndose á medias hacia él.

La princesa de Salerno temblaba de cólera.

Tal escena en presencia de tantas princesas, hijas y nueras del rey, tenía un carácter inexplicable.

La casualidad no podía haber favorecido por sí sola el desenvolvimiento de tantas ofensas.

En torno de ese insultador debía haber una protección oculta.

La princesa oyó una voz suplicante á su oído.

Volvióse y Angélica se echó en sus brazos.

—Señora—murmuró, no pudiendo ya reprimir sus desgarradores sollozos;—Loredano Doria, mi hermano, es enemigo del príncipe Fulvio Coriolani.

Esto fué como un rayo de luz para María Clementina de Austria. Levantóse, buscando con la vista algún alto dignatario que pudiese ejecutar sus órdenes.

Nina, que continuaba mostrando un aire de completa indiferencia, le dijo:

—Alteza, si me fuese permitido daros un consejo, os diría que guardéis silencio.

—¿He de sufrir que en mi presencia?...—empezó la orgullosa austriaca.

—Alteza—interrumpió Nina,—el príncipe vuestro esposo está ahí; acabo de verle.

—Si el príncipe de Salerno juzga conveniente callarse...

—El príncipe real está también presente—volvió á interrumpir Nina.

—Aun cuando...

—Alteza, mirad, y reconoced al rey tras el marqués de Malatesta.

La princesa se dejó caer en su asiento estupefacta. En efecto, había reconocido al rey.

Por lo demás, era fácil conocer que el senti-

miento de la reunión había cambiado. Ya no se escuchaba con cólera, sino con una especie de curioso interés. La nueva de que se hallaban presentes las personas reales, había circulado de boca en boca.

Esto quitaba á cada uno su parte de responsabilidad; donde estaba el rey, nadie se creía con derecho á ser juez.

En los dos salones y las galerías contiguas reinaba un gran silencio.

Para que Malatesta pudiese replicar, era necesario que alguno de los conjurados fingiese defender á Coriolani.

—Cuando se acusa á un ausente—dijo Colonna,—no bastan vagas alegaciones.

—¿Te has constituido en defensor de Coriolani, Próspero Colonna?—interrumpió Malatesta;—voy á responderte, porque hace rato que busco á quien dirigirme. Mis vagas alegaciones, como tú las llamas, envuelven hechos positivos. Pero para defender una causa es necesario un tribunal. Yo esperaba aquí la augusta presencia de S. M. el rey Fernando, para hablar delante del rey.

Todo el mundo sabía que el rey escuchaba, pero no se elevó una sola voz entre los concurrentes al palacio Doria que dijese: «—¡El rey está aquí!»

La etiqueta en la corte de Nápoles obliga á respetar el incógnito.

Así, pues, fué el mismo rey, quien, tocando por detrás el hombro de Malatesta, le dijo en voz baja:

—Marqués, no os faltan jueces. ¡Supuesto que queréis hablar delante del rey, hablad!

Malatesta iba á fingir la más viva sorpresa, pero no tuvo tiempo de hacer muchos gestos, porque el rey prosiguió:

—No os volváis y vamos al grano, que tengo prisa.

El rey dijo esto con acento conmovido; Malatesta lo conoció.

Pero éste había quemado ya sus naves, y, sobre todo, llevaba bien aprendida la lección.

Volviéndose á medias y como involuntariamente á pesar de la orden de S. M., su mirada buscó la de su compañero Sampieri para cobrar valor, y después de haberse recogido un instante empezó:

—Supuesto que los que se hallan á mi alrededor desean que me explique, lo haré, á pesar de no estar preparado y de no poseer el don de la palabra.

Quisiera que Coriolani se presentase en medio de nosotros antes de que acabe de decir todo lo que le condena y le deshonra.

Su tarea nocturna ha concluído. En la actualidad es libre. Si tiene aquí amigos, que se le avise y que venga.

He dicho y repito que Fulvio Coriolani hace uso de un nombre falso; he dicho y repito que Fulvio Coriolani es un malhechor disfrazado de príncipe, el cómplice del barón de Altamonte, y uno de los miembros de esa asociación misteriosa y sanguinaria llamada los Compañeros del Silencio.

En la parte del salón donde se hallaban las princesas, dejóse oír un grito medio ahogado.

Era Angélica Doria que luchaba con un violento ataque de nervios.

Nina se lanzó hacia ella y la estrechó en sus brazos.

—¡Nada temas!—le dijo al oído.

Loredano Doria, que había dejado su puesto, dió un paso hacia su hermana. Desde que el rey había ordenado á Malatesta que hablase, estaba sin máscara.

Sin saberlo y sin quererlo quizá, se introducía poco á poco en el centro del círculo.

El marqués de Malatesta había pronunciado sus últimas palabras con tono enérgico y seguro.

El caso era que nadie podía explicarse el pasado de ese brillante príncipe Coriolani. Era como un meteoro resplandeciente que desde algunos meses iluminaba la corte de Nápoles. Pero ¿de dónde venía? El favor del rey y de la real familia equivalía para él á una genealogía; esto era todo.

Esos meteoros salen siempre de las nubes.

El rey escuchaba inmóvil bajo el vasto capuchón de su dominó. Ninguno de los que le rodeaban hacía un gesto.

Frente por frente del rey, Armellino, Hércules Pisani y el rico Massimo Dolci permanecían impasibles. Sólo el coronel San Severo se revolvía y murmuraba:

—¿En qué vamos á parar? ¡Corpo di Baco! yo no sé batirme con la lengua. Pero si aquel es un agente de policía, Corner, tú debes saberlo.

El intendente Armellino, oyendo el nombre de Corner, le ordenó que guardase silencio.

A algunos pasos de allí Pedro Falcone cumplía concienzudamente, con los brazos cruzados, las órdenes de Johann Spurzeim: observaba.

—¡Está bien!—dijo Sampieri á Malatesta, que tomaba aliento;—vamos inmediatamente al hecho.

Los demás conjurados decían entre los grupos:

—¿Habrás efectivamente en todo esto algo de cierto?

Lo principal ya estaba hecho. Malatesta paseó su mirada sobre la muchedumbre y parecía desafiarse sus recriminaciones.

Luego repuso con acento claro y tranquilo:

—Sin duda habréis quedado sorprendidos, nobles caballeros y señoras, al ver desaparecer esta noche á Fulvio Coriolani de una fiesta en la cual era, por decirlo así, el héroe. No podía excusar-

se. La misteriosa asociación á que pertenece, castiga con la muerte la menor desobediencia. Al fin de la comida ha recibido un mensaje y se ha ido; pero desde este momento me ha pertenecido, porque le he hecho seguir, y sé todos los pasos que ha dado.

—¿A dónde se ha dirigido?—preguntó el rey.

—Todo el mundo sabe—respondió Malatesta,—que esta noche ha sido asesinado un hombre en la playa de la Marinella, junto al puente de la Madalena. Se ha dicho que este hombre asesinado era el príncipe Coriolani; los improvisadores lo han relatado en la plaza pública, y aun aquí, en este palacio Doria que ha manchado tanto tiempo con su presencia, también se ha repetido lo mismo, y yo he visto palidecer á esa bella y pura joven...

—Te prohíbo, marqués de Malatesta—interrumpió en alta voz el conde Loredano,—que aludas en lo más mínimo á mi hermana.

La princesa de Salerno estrechó la mano de Angélica.

—Habéis juzgado mal á vuestro hermano—le dijo. En seguida profirió una voz:

—¡Bien dicho, Loredano!

Nadie mejor que Malatesta hubiera podido afirmar que esta voz era la del rey.

Sus ojos se oscurecieron como si ante ellos pasara una nube.

—¡El miserable les ha hechizado á todos!—refunfuñó con una blasfemia.

—¡Valor, marqués!—replicó Sampieri;—te repito que es nuestro.

Malatesta echó mano de toda su firmeza para proseguir:

—¿Por qué se ha dicho que el hombre asesinado bajo el puente de la Madalena era Coriolani? porque se le ha visto en la playa de la Marinella

hablando con un desconocido disfrazado de marinero. Hasta aquí, ningún crimen, ¿no es verdad? Pero ¿quién era el desconocido? Ese marinero llamado Sansovina (el señor ministro de Estado no me dejará mentir), tenía un barco amarrado en la playa pronto á hacerse á la vela, aguardando un pasajero que debía transportar á Francia. Debéis saber el nombre del pasajero: era Felice Tavola, por otro nombre el barón de Altamonte.

El hombre que acompañaba al rey se quitó la máscara.

Todos reconocieron en él á Francisco de Borbón, heredero del trono.

—Descubríos, señor—dijo á su vecino de la derecha.

La máscara de éste, desprendida, dejó ver las facciones del señor Carlos Piccolomini, ministro de Estado. El príncipe real añadió:

—Decid lo que haya sobre el particular.

—Alteza—respondió Piccolomini,—el marqués de Malatesta no ha dicho hasta ahora más que la verdad; el marinero Sansovina se nos ha escapado; pero mandaba un buque destinado á favorecer la evasión de Altamonte. Hacia las once, el buque, viéndose observado, ha levado anclas para dar la vuelta á los puertos y fondear al otro lado de la ciudad.

—¡Es extraño!—exclamaron todos los concurrentes.

Nina Dolci dijo al oído de Angélica algo reanimada:

—¡Ten confianza en mí! te juro por mi salvación que á todo el que atacare á Fulvio Coriolarle costará caro.

—¡Dios quiera protegerle!—murmuró Angélica; estas acusaciones son infames.

—Sin embargo, las palabras del ministro de Es-

taño habían producido grande efecto. Al oirlas, el intendente de policía había dejado escapar un movimiento de sorpresa.

Por lo demás, esto fué obra de un segundo. Un instante después Andrés Visconti Armellino había recobrado su actitud de tranquila indiferencia entre sus dos impasibles compañeros.

Sólo el coronel San Severo, doblando su alta talla para poner su boca al nivel de los oídos de sus colegas, repetía en tono de profunda sorpresa:

—¡Cómo diablos puede saber esto!

El observador Pedro Falcone empezó á mirarle de reojo.

—Me alegro—continuó Malatesta con aire triunfante,—de que Su Excelencia, el señor Carlos Piccolomini, se haya dignado corroborar mis palabras con su irrecusable testimonio. No contaba con este apoyo, y si me es permitido hablar así, tampoco lo necesitaba. En efecto, lo que me resta que revelar será público mañana y encierra hechos mucho más importantes todavía.

Este hombre á quien me veo obligado á llamar Coriolani hasta que más adelante sepamos su verdadero nombre de malhechor, ha cometido esta noche un asesinato, quizá dos.

El salón entero se agitó.

Angélica Doria lanzó un gran suspiro, desvaneciéndose en los brazos de Nina.

El rey hizo un gesto: el ministro de Estado mandó que se guardase silencio.

Entonces se vió una cosa singular. La princesa de Salerno, que entre las hijas y nueras del rey era la más querida, cruzó á lo largo del salón, apoyada en el brazo del conde Castro Giovanni, y al llegar donde estaba el soberano, le besó la mano, diciendo:

—Ya sé que sois vos, padre mío, y os ruego

en nombre de vuestra ternura para con todas nosotras, que hagáis cesar este odioso escándalo.

El rey la separó fríamente y dijo á Malatesta:
—¡Proseguid!

—Un asesinato, estoy seguro de ello—repuso el acusador.—Altamonte ha muerto; yo he visto su cadáver atravesado de una bala en el corazón. Pero yo creo que los asesinatos han sido dos, porque el hombre cuya sangre se ha hallado en el puente de la Madalena era un compañero del Silencio.

—Esto es verdad—dijo el ministro de Estado;—pero ¿cómo lo sabéis?

—¡Sí!—exclamó San Severo involuntariamente, —¿cómo lo sabe?

Carlos Piccolomini le dirigió una mirada penetrante que abarcó al mismo tiempo á Massimo Dolci y á Hércules Pisani.

Luego se inclinó hacia el oído del rey

Los que se hallaban cerca creyeron oír pronunciar el nombre de Johann Spurzeim.

Este incidente dió á Malatesta tiempo de ponerse sobre sí. Nunca se piensa en todo; así es que no estaba preparado para la pregunta que se le acababa de hacer.

En efecto, ¿cómo Malatesta y sus camaradas habían adquirido todas estas noticias?

He aquí lo que sin duda no podían decir.

El anciano Massimo Dolci pisó fuertemente el pie de San Severo y le dijo:

—¿Quieres que dentro de diez minutos se te llame por tu nombre de Lucas Tristany? ¿quieres amanecer colgado en el patíbulo de Felice Tavola?

—He hecho mal—replicó San Severo,—pero ese pícaro de David Heimer debe habernos jugado una pasada propia de su oficio.

Sampieri vió la turbación de Malatesta:

—Pasa adelante—le dijo;—ya hallaremos salida.

—¿Cómo sé esto, señor? Todavía sé otras cosas que quizá os sorprenderán á vos, que veláis por la seguridad de las personas reales, de la corte, de la ciudad y del reino. Hasta el último momento, la asociación del Silencio ha alimentado al barón de Altamonte con la esperanza de ser libertado; se le había suministrado una lima, y las medidas estaban tan bien tomadas que se habría evadido esta noche por la antigua galería que comunica con los sótanos de San Juan el Mayor, si el gobernador de Castello-Vecchio no le hubiese trasladado de súbito á los calabozos de la torre superior.

Sus cómplices supieron esto y determinaron libertar á Felice Tavola á viva fuerza ó asesinarle en su prisión.

Esta es la regla; en su última hora, aun los más fuertes confiesan sus crímenes. Era preciso evitarlo.

En su consecuencia eligieron á uno de los maestros del Silencio para realizar la atrevida empresa de penetrar en la fortaleza á pesar de la guarnición decuplada, y á pesar de las guardias y patrullas que defendían las avenidas.

Para esto se necesitaba un demonio.

El demonio ha sido Coriolani, pues ha escalado efectivamente la fortaleza.

Pedro Falcone hizo un movimiento.

Nina dijo sosteniendo el pomo que hacía aspirar á Angélica:

—Altezas, ¿cuál va á ser el castigo de ese loco? Las princesas no respondieron.

Aun no daban cabida á la sospecha, pero cada una se decía:

—¡Ni una voz se eleva para defender al príncipe Fulvio, que es el favorito del rey!

Ciertamente era éste un síntoma muy extraño. Y ante este síntoma, desaparecía en gran parte la aparente extravagancia de la acusación.

Los amigos de Malatesta no estaban ociosos, y decían: —¿Quién hubiera creído jamás esto?

Y Sampieri, alentándole con la vista y el ademán, murmuraba: —¡Valor, marqués, ya es nuestro! Pero Malatesta no carecía de valor.

—La fortaleza ha sido escalada—repuso;—el señor Piccolomini sabe también esto, lo que él ignora quizá, es que el bandido ha encontrado vacía la prisión de su camarada.

—¿A quién llamáis bandido?—preguntó el ministro de Estado.

—A Coriolani—respondió sin titubear Malatesta;—ha llegado diez minutos demasiado tarde. La alarma ha cundido; dos mil soldados se han lanzado en persecución de un solo hombre y no le han podido coger. Porporato, ese espantajo con que se asusta á los niños y á las mujeres, ha usurpado su cetro y su corona. El verdadero rey de los bandidos del reino de Nápoles no es Porporato, sino Coriolani.

—¿Habéis acabado?—preguntó el ministro de Estado.

—No, señor, y vos mismo no lo creéis; pues hace diez minutos que oigo rechinar las bayonetas en los jardines de este palacio, donde reinaban la alegría, el placer y la música. No he concluido, supuesto que todavía no he dicho cómo Coriolani ha asesinado cobardemente á su hermano y amigo el barón de Altamonte.

—¡Decidlo, pues!—ordenó el ministro de Estado.

—El barón de Altamonte—respondió el marqués,—salió de Castello-Vecchio á las once de la

noche, y fué conducido á casa del señor Johann Spurzeim. Se le ha visto entrar en el corredor que precede á la puerta del gabinete privado del Jefe de policía, y salir luego el príncipe Coriolani cargado con un cadáver.

—¿Acusáis al señor Johann Spurzeim?—preguntó Piccolomini.

—No lo permita Dios—respondió Malatesta;—acuso á Fulvio Coriolani. Este ha pagado su deuda á los compañeros del Silencio: era necesario que esta noche su amigo Altamonte fuese libre ó muerto, y no pudiendo librarle, le ha asesinado. Malatesta no dijo más.

Ese grande y sordo rumor que la curiosidad había comprimido se elevó de nuevo.

—¿Cómo sabéis esto?—volvió á preguntar el ministro de Estado.

El buen coronel San Severo no hubiera titubeado en la respuesta.

En aquel momento decía á sus compañeros, los cuales le hacían todos señal de que callase:

—¡Cuando os decía que era cosa de ese pícaro de David Heimer!

A pesar de su escasa sutileza, Lucas Tristany adivinaba aquí la mano de Johann Spurzeim.

Tres perillanes como Marino Marchese, Policeni Corner y el anciano Amato Lorenzo, debían con mucha más razón reconocer la intervención en esta circunstancia del Jefe de policía.

Pero á lo que parece su orden era la de abstenerse.

Piccolomini se volvió hacia las personas reales que le seguían y pareció tomar sus disposiciones. Vióseles conversar un instante en voz baja. En el campo de las princesas reinaba el silencio del estupor.

Angélica Doria volvía lentamente á sus sentidos y los brazos de Nina

—¿Qué han dicho?—preguntó,—¿se han sufrido sus infames calumnias?

—¿Le amas mucho, Angélica?—replicó á media voz Nina;—dentro de breves instantes le amarás más todavía. ¿No has visto nunca elevarse radiante el sol de en medio de la tempestad? Lo mismo vas á ver á Fulvio Coriolani. Sí, ya viene, le siento venir.

Pero de seguro lo que hubiera llamado vivamente la atención de aquella noble muchedumbre, si cada grupo agitado y parlanchín no se hallara discutiendo con calor en todos los rincones de las dos salas, era una escena rápida que tenía lugar entre Malatesta y su amigo Sampieri.

Desde el momento en que Malatesta había cesado de dirigirse á la muchedumbre, conversaban los dos en voz baja.

—¿No puedo decir la verdad?—preguntó el marqués;—¿no puedo mostrar la carta anónima que he recibido esta noche?

—Todo estaría perdido—respondió Sampieri;—no se cree en las cartas anónimas.

—Sin embargo...

—No te haré más que una pregunta: tú mismo ¿crees en ella? Malatesta pareció titubear.

Sampieri redobló sus esfuerzos.

—¿Crees—repuso,—que Fulvio Coriolani, amigo del rey, prometido de la condesa Doria, haya dejado este palacio para ir á asesinar á Felipe Tavola? ¿Crees que Fulvio Coriolani sea compañero del Silencio?

—¡No, á fe mía!—respondió al fin Malatesta;—y, sin embargo, daría mi sangre para que así fuese.

—¿Quién lo creará si tú mismo no lo crees?

—Entonces, ¿qué hacer? Sus voces bajaron más.

—Tú has jurado—replicó Sampieri,—deshonrarle ó matarle á costa de tu vida ó tu honor; tu vida no serviría de nada; se te pide tu honor.

—Explícate.

Hablaron un instante tan bajo que ni siquiera se oía el murmullo de sus voces.

—¡Sangre de Cristo!—exclamó de súbito Malatesta, cuyos ojos encendidos abrasaban;—no haré tal cosa.

—Si no lo haces—repuso Sampieri,—estás perdido.

—Que lo esté; aunque lo estuviese cien veces más, no lo haría.

—Marqués de Malatesta—dijo en aquel momento el ministro Piccolomini;—¿cómo habéis sabido los sucesos que acabáis de contar?

—Por muy buen origen, Excelencia—respondió el joven marqués con aire huraño.

El sudor le corría por las sienas.

Era fácil conocer que sostenía un terrible combate consigo mismo.

Esto no se escapaba á los asistentes, en los cuales se operaba la reacción.

—No puede responder—exclamó antes que nadie el coronel San Severo.

Y diez voces repitieron:—No puede responder.

—¡Tú agonizas, Malatesta!—murmuró Sampieri.

—¡Demasiado ha durado esto!—dijo el príncipe real.

Y la princesa de Salerno, avergonzándose quizá de haber dudado un momento, exclamó:

—Espero que el castigo de este hombre será ejemplar.

—Malatesta—murmuró otra vez Sampieri;—no tienes más que dos segundos para elegir entre la vida y la muerte.

Malatesta estaba lívido, y la espuma brotaba de sus labios.

—¡Responded!—dijo por segunda vez Piccolomini;—¿no lo veis? todos creen que no podéis responder. El rumor aumentaba.

Los amigos de Malatesta bajaban ya la cabeza.
—¡Responded!—repitió por tercera vez el ministro de Estado.

—¡*De profundis!*—profirió en voz baja Sampieri. Pero en este momento el marqués levantó la cabeza.

—¿Estás contento?—dijo á su cómplice;—voy á deshonorarme.

Y pintóse un círculo gris alrededor de sus ojos; un sudor frío caía de sus cabellos á sus mejillas hundidas; su rostro era espantoso.

—¡Majestad!—dijo dirigiéndose al mismo rey una voz bronca y estrangulada;—vos sois el primer noble del reino, y comprenderéis por qué un Doria de Angri ha tardado en responder cuando se trata de manchar con una palabra la gloria de su linaje...

—¡Silencio! ¡silencio!—decían en todas partes. Malatesta estrechó su pecho con sus dos manos.

—¿No habéis notado—repuso,—que Beatriz Doria de Angri, mi hermana, no se ha presentado en la fiesta de esta noche?

—¡Bien!—exclamó Sampieri respirando con fuerza. Las princesas dejaron sus asientos.

—¡Infame!—dijo Nina Dolci con fiero acento.

Pedro Falcone había avanzado un paso, no para escuchar, sino para mirar un dominó de alta estatura que estaba de pie é inmóvil frente de él.

—¡Adelante!—exclamó Sampieri.

—Majestad—replicó Malatesta,—mi hermana es la querida del bandido Coriolani, que la ha seducido, y mi hermana me ha revelado sus secretos.

En los dos salones se levantó un tumulto inexplicable.

Angélica lanzó un grito de desesperación.

Malatesta, tambaleándose y sostenido por Sampieri, vió delante de sí la figura altiva y tranquila del conde Loredano Doria.

Este se quitaba un guante con lentitud.

—¡Donde el rey lleva máscara—dijo,—no hay rey! ¡Malatesta, has mentido! ¡Malatesta, eres un cobarde! ¡Malatesta, supuesto que Beatriz Doria no tiene hermano, yo, Doria-Doria, jefe de la familia, soy su hermano, y la vengo de una infame y calumniosa acusación!

Y levantando su brazo arrojó el guante á la cara del marqués, mientras las princesas y la muchedumbre gritaban:—¡Bravo, Loredano!

Pero el guante no tocó el rostro de Malatesta. Una mano se adelantó y le detuvo al paso.

Esta mano era la de ese dominó de alta estatura que Pedro Falcone examinaba desde hacía algunos instantes con gran curiosidad.

Nadie hasta entonces había notado su presencia.

La máscara echó atrás con un brusco movimiento su flotante ropaje de seda y apareció en rico traje de corte.

Esto fué como una sorpresa teatral.

A la vista de aquel hermoso joven, extinguéronse los gritos y se desvaneció la febril agitación. Descubriendo inopinadamente su talle de Apolo y su majestuosa cabeza, mostró un rostro altivo y espiritual en el que florecía la más tranquila sonrisa.

Un nombre corrió de una á otra extremidad de los salones, cual sordo y profundo murmullo lleno de admiración, respeto y ternura: este nombre era el de:

—¡Coriolani! ¡el príncipe Fulvio Coriolani!

VIII

El rey de día y el rey de noche

En los salones del palacio Doria, sólo había tres hombres cuyas fisonomías no hubiesen cambiado.